escandalizada y en muy mal plan?

—Papá, necesito que corras al jardinero.

—¿De qué hablas? –preguntó Amézquita, tembloroso, como un niño asustado.

—¿Te parece normal que en su habitación tenga unas pantaletas que tu esposa me trajo de Houston?

—Es mi esposa pero también tu madre.

—Ahora no vamos a hablar de eso… ¿o sí?

—Hablaré con el jardinero.

—¿Tú?

La señora, retomando el alboroto, antes que nada había formulado una pregunta razonable: ¿Y tú que hacías en la habitación del jardinero? Pero no esperó la respuesta, sabía que Camelia además de putica y malcriada, era arrogante y peor, soberbia con deficiente autoestima.

La señora no había soltado el chisme del jardinero como hace un perro con los huesos. Su escrutinio la llevó con el implicado.

—¿Y tú en verdad qué haces cuando te metes a la casa?

—Soy honesto, respetuoso y trabajador, usted lo sabe perfectamente, no me puede acusar de nada.

—Si no te estoy acusando, lo que pasa es que Camelia… bueno, Camelia es buena persona pero nunca ha sabido trabajar en equipo, es egoísta y orgullosa pero de niña era tan linda, antes que nada amaba a los animales.

—No lo sé, ¿me puedo retirar? –preguntó Everardo cuando sin más la señora comenzó a gimotear y a contemplar la nada a través de una ventana que daba al prado.

En una de las juntas de cada lunes, Amézquita miraba a Aarón Salgado y Heriberto Lugones y ellos miraban su corbata. Era la cismática corbata con palitos de golf.

Su entendimiento era un desastre: comentaron que qué bonita corbata cuando al hacerlo, sabían, evocaban vergüenza y androginia. Se percataron del ripio demasiado tarde, su jefe los miraba sin pestañear, sin rencor pero con una frialdad insostenible. De golpe dio por terminada la junta y tomó camino a San Pedro Garza. Estuvo todo el día, agazapado tras las cortinas, observando la floresta y a Everardo que la cuidaba. Se hizo de noche y la familia, hijo, hija y esposa andaban como la mayor parte del tiempo, en la calle. Más tarde distinguió que Everardo salía, se veía recién bañado y bien acicalado. No había duda, iba al Bardahl.

Antes de cerrar la puerta principal, el jardinero volteó hacia la residencia, como si supiera que alguien lo observaba. Ante la probable indiscreción, el patrón dio un brinco y con una extremidad alcanzó a tirar un frasco sobre el tocador. Era uno de los perfumes. Al verlo roto sobre el mármol negro sintió una indecible pesadumbre. Pero en realidad, lo que iba a dominar resucitado el aroma del Mitzuko, era la ingobernable y santa perversión.

Como el único automóvil sin bloquear, listo para salir, era el de Camelia, tomó el vehículo de su